La Voz de Ourense

DOMINGO, 25 DE OCTUBRE DEL 2026 • Valle Inclán, 9. Ourense • redac.ourense@lavoz.es • www.lavozdegalicia.es/ourense/ • Teléfono: 988 366 400 • ISSN 1888-4741

La mujer migrante en el rural está relegada a los cuidados precarios

El CDR Portas Abiertas estudió las barreras que sufren vecinas racializadas en Verín

COMPRAMOS
Oro - Plata
Máxima tasación
Sto. Domingo nº 86
624 320 889
OURENSE 32003

UXÍA CARRERA
VERÍN / LA VOZ

El racismo continúa siendo estructural, lo sufren por partida doble las mujeres y tiene especificidades en las zonas rurales. Esa no es la conclusión, sino el punto de partida de un estudio estatal liderado por la Confederación de Centros de Desarrollo Rural (COCEDER) para determinar las barreras de discriminación a las que se enfrentan las migrantes y las racializadas. En Galicia, se investigó en la comarca de Verín, de lo que se encargó Laura Garrido, técnica del CDR Portas Abertas. Presentó el viernes los resultados, que reflejan que estas mujeres están sexualizadas, tienen menos recursos y están relegadas a los cuidados. «Debemos darlle a importancia que teñen: contribúen á sustentabilidade das zonas rurais, manteñen os servizos públicos», defendió.

El estudio se desarrolló de marzo a julio con entrevistas anónimas a mujeres y profesionales. En Verín, hay dos tipos de afectadas: las gitanas y las migrantes. Las primeras, aunque tienen una estrecha vinculación con su cultura, no siguen todas las normas establecidas. «Teñen a discriminación normalizada», apuntó Laura. En cuanto a las migrantes, destacó la sexualización que sufren las provenientes de América Latina, vinculándolas con la prostitución. Las nacionalidades más numerosas son Portugal, Marruecos, Brasil, Venezuela y Colombia. Resaltó que aquellos migrantes que llevan más tiempo ejercen discriminación contra los que llegan. Las barreras de discriminación llegan a diferentes ámbitos. Uno de los más significativos: el laboral. «Traballar non sempre significa ter oportunidades», sentenció Laura. Las mujeres están en puestos «moi feminizados», solo aceptadas en cuidados, limpieza y hostelería, lo que muchas veces implica una pérdida de cualificación. A mayores, asumen contratos precarios y salarios reducidos. Eso conlleva un obstáculo económico: «Non poden mellorar a súa capacidade adquisitiva». De manera específica, rentas como el ingreso mínimo vital del que se benefician las gitanas no impiden su estancamiento y las migrantes se ven afectadas por enviar dinero a sus familias o llegan con deudas del viaje.



Pérdida de calificación. Olga Lucía vive las barreras en primera persona. Trabajadora social de Colombia, solo pudo trabajar limpiando o cuidando mayores hasta que pudo abrir su bar. A. CAMBA

Otro relevante aspecto en el que sufren discriminación es en los procesos burocráticos, con atención desigual por parte de las instituciones. «Fálannos de asesorías que teñen cobros abusivos e hai un mercado negro que cobra taxas polas citas de estranxeiría», relató la técnica. En este sentido, los migrantes que más tiempo llevan en Verín se aprovechan de los recién llegados, ofreciéndoles ayuda a cambio de dinero de manera abusiva. Por otra parte, existen barreras en la vivienda y el transporte. «Hai rexeitamento a alugar casa a persoas migrantes», aseguró Laura. Muchos de los que sí consiguen residencia están en pisos masificados, conviviendo varias familias juntas. En las aldeas es más accesible, pero no hay un transporte público eficiente. Con respecto al ámbito escolar, en los pueblos hay una mejor acogida porque hay poco alumnado. Aún así, en términos generales hay «clasismo» y los docentes se ven sobrecargados. «Hai discriminación entre os nenos: os locais discriminan a poboación xitana, esta aos árabes e eles aos latinos, os últimos en chegar», explicó Laura. Por último, las mujeres están cómodas con su participación social, aunque no llegan a política o ámbitos de poder. Además, algunas sufren violencia de género, de la que es difícil salir por la falta de ingresos propios.

«Oportunidades mínimas»

Esta realidad la puede representar Olga Lucía, de Colombia, que vive en A Gudiña desde hace un año después de haber estado seis en Pontevedra. Es trabajadora social, tenía una ONG y llegó a España por protección internacional. «Dio igual mi formación, solo me aceptaban para limpieza y cuidado de mayores», recuerda. Y por salarios mínimos, como un trabajo de cuidado de viernes a lunes por 100 euros. Pese a su formación, denuncia que las oportunidades son «mínimas» y eso condiciona toda su vida. Además, relata que sufrió prejuicios y discriminación cuando intentó sacarse el carné de conducir: «Me miraron mal, cuestionándome». Vive con su pareja en una aldea de 11 habitantes donde se complica la vida social, aunque ella es originaria de una zona rural en la montaña, por lo que no le es del todo ajeno. Relata que cuando intentó participar en la vida de la comarca, se topó con estigmas de su país, como el consumo de droga, o malas formas. «Siendo Galicia un lugar de emigrantes, no entiendo algunos comportamientos», lamenta. Al menos en el CDR sí ha encontrado amabilidad.

«Al ser madre soltera nadie me quería dar trabajo»

Adriana fue una de las entrevistadas en el estudio del CDR. Participa con frecuencia en actividades y cursos del centro, formando incluso ella a otras migrantes, porque ahí encontró un lugar para desarrollarse que el mercado laboral no le permitió. Llegó desde Brasil a España hace 25 años, sola y con un hijo de tres. Estuvo un breve tiempo en Madrid para después asentarse en Vigo. «Allí fue dificilísimo encontrar trabajo, al ser madre soltera con un hijo nadie quería contratarme», relata. Los empresarios temían que faltase con frecuencia por urgencias familiares. Además, tardó siete largos años en regularizar su documentación. Fue por eso que se mudó a Verín hace siete años. «Aquí hay más trabajo pero no se adaptan para que pueda conciliar», lamenta. Por tanto, aunque de otra manera, continúa siendo discriminada. Estuvo empleada en hostelería, pero paró por un problema de salud en la pandemia y no volvió a trabajar. Relata que tienen más oportunidades las personas de menos edad que acaban de llegar: «Yo tengo 45 años, sé que soy joven pero es más difícil». Confiesa que le gustaría desenvolverse más y mejorar su situación económica. Al menos consiguió un piso solo para ella y su hijo y se siente acogida por la gente de Verín.

